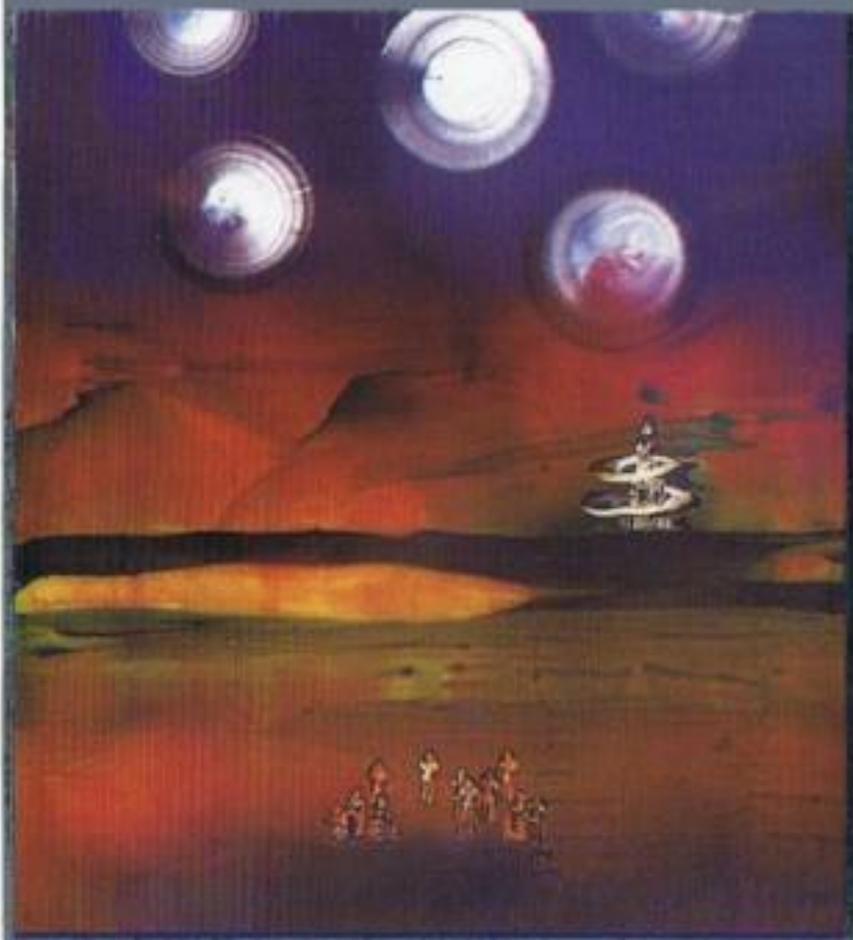


SALOMAS DEL ESPACIO

Raphael A. Lafferty



La larga guerra ha terminado y las tripulaciones de las seis Avispas supervivientes son libres para volver al hogar, al Mundo.

Pero la mayoría de ellos están aun ávidos de aventuras, gloria, guerra y viajes a lugares extraordinarios por lo que empiezan un periplo que los llevará a mundos extraños y tendrán que hacer frente a peligros muy poco comunes en el que la mayoría de ellos no logrará sobrevivir; pero no importa porque todos ellos son hombres extraordinarios ansiosos por la aventura, cada uno de ellos capaz de liderar ejércitos y de hazañas impensables y están liderados por el más fuerte, rápido, capaz y extraordinario de ellos, el capitán Roadstrum (alias el Gran Road-Storm).

1

*Balada de la Ruta Borrascosa de las antiguas Crónicas
; ofrecemos aquí, Esferas Buenas y Bajelos Cónicos,*

*peligros superados e imposibles hazañas
todas las palabras de ello sobre los Evangelios juradas.*

*nded el oído mientras hablamos de cosas trascendentales
cantamos acerca de Astronautas muertos e inmortales:*

*algunos eran débiles y flojos, y algunos eran bastante recios,
algunos lograron regresar, pero les llevó mucho tiempo!*

NUEVAS SALOMAS DEL ESPACIO,
Cintas Animadas, Skyestown, A. A. 301

¿Habrá una mitología en el futuro, solían preguntar, después de que todo se ha convertido en ciencia? ¿Serán contadas grandes hazañas en poemas épicos, o sólo en clave de computadora?

Y, después de que el espíritu investigador quedara ahogado por la acción durante las primeras Décadas Espaciales, después de que aparecieran los grandes Capitanes, *floreció* una mítica a través de la cual contemplar las hazañas. Este filtro mítico era necesario. Los diarios de navegación no podían narrarlo adecuadamente, ni podía hacerlo cualquier prosa ordinaria. Y las hazañas eran demasiado brillantes como para ser contempladas directamente. Sólo podían ser cantadas por un bardo cegado por la contemplación de soles que eran soles.

Aquí suenan las trompetas. Aquí el agudo *Kerigma* de heraldos se eleva en plateado guirigay. Aquí empieza la cosa.

La guerra había terminado. Había durado diez años equivalentes y consumido diez millones de vidas. De modo que no fue de larga duración ni de grave desgaste. No había tenido ningún gran significado; no se había pretendido que lo tuviera. No demostró nada en concreto, puesto que todo ya había sido demostrado hacía mucho tiempo. Lo que hizo, quizá, fue recalcar un aspecto, agudizar un concepto, subrayar una tendencia.

En conjunto fue una operación afortunada. Económica y ecológicamente tuvo un efecto saludable; y, ¿quién refunfunaría?

Y, después de las guerras, los hombres regresan a su hogar. No, no, los hombres emprenden el viaje de regreso a su hogar. No es lo mismo.

Había seis de ellos allí, Capitanes de Avispas, aquellas pequeñas naves que podían ir a cualquier parte, seis de ellos reunidos con sus tripulaciones y con órdenes de viaje opcionales. Y no había ningún hombre vulgar entre ellos. Eran seis tripulaciones completas de los hombres más salobres y más sulfúreos que podían ser rastrillados de los cielos.

Roadstrum, uno de los Capitanes, era un hombre en el que no cabía la doblez, y ahora habló francamente:

—Yo diría que fuéramos directamente a casa. Éramos muchachos cuando esto empezó, y ahora ya no somos muchachos. Deberíamos ir a casa, pero yo estaría dispuesto a prestar oídos a algo distinto.

«¡Maldita sea, he dicho que prestaría oídos a algo distinto!»

—Un par de días en Lotophage podría valer la pena —dijo el Capitán Puckett—. No volveremos a estar tan cerca, y tiene que haber algo detrás de todas esas historias de la vida muelle que se encuentra allí. Dicen que es como el Lugar de Recreo y Theleme juntos. Dicen que puede ser la

propia Ciudad de Quizá Jones. Si no nos gusta podemos marcharnos en cualquier momento.

—Los Capitanes Roadstrum y Puckett son del Mundo, ¿no es cierto? —preguntó el Capitán Dempster—. En tal caso, no es en absoluto la dirección de vuestro hogar.

—Somos del Mundo —dijo Roadstrum—, y conocemos la dirección de nuestro hogar.

—Se supone que Lotophage es un mundo de holgazanes —dijo Dempster—, y que si uno permanece allí demasiado tiempo se convierte en un holgazán.

—Si temes eso partiremos sin ti —dijo el Capitán Silkey—, y quizá tendrás menos posibilidades que nosotros de convertirte en un holgazán. Pero ya veo que tienes miedo.

Silkey sabía cómo aguijonear a Dempster: lo único que Dempster temía era que dijeran de él que tenía miedo.

—Miradlo de esta manera —dijo el Capitán Kitterman—. No podemos emprender el vuelo hacia el Mundo ni en dirección a él hasta dentro de tres días, pero podemos ir a Lotophage inmediatamente. Podemos pasar un día equivalente allí, podemos pasar dos, y llegar a casa sin haber perdido tiempo. Sugiero que lo hagamos.

—En lo que a mí respecta —dijo el sexto Capitán—, es imperativo que regrese a mi casa. Pueden haberse producido cambios allí. Mi esposa es fiel dentro de unos límites, pero ignoro si diez años trascienden de esos límites. Mis hijos tienen que haber alcanzado una edad interesante. Además, nadie se detiene nunca en Lotophage por sólo un par de días.

—¿Qué opináis vosotros, Tripulantes? —preguntó Roadstrum en voz alta a la espléndida formación. Aquellos hombres eran la sal de los cielos, los uno de cada diez que habían permanecido decididamente vivos a través de toda la guerra, heridos con mucha frecuencia pero negándose absolutamente a ser muertos. Nunca se había reunido un grupo tan numeroso de hombres excelentes. Eran los fuera de serie.

—Me dejaría arrancar las orejas de la cabeza para ir a Lotophage y disfrutar de él —dijo el Tripulante Birdsong—, pero las orejas en mi cabeza y otras cosas imperfectas en mí serán el obstáculo. En Lotophage tienen una norma, ¿sabéis? Sólo a las personas bellas les está permitido disfrutar de sus delicias.

—La norma es muy flexible —dijo el Capitán Silkey—. Utilizan la idea de belleza en un sentido muy amplio. Consideran bellas muchas cosas aunque su aspecto sea un poco basto. No rechazan más allá de un hombre entre un millar.

—Yo soy ese hombre entre un millar —dijo Birdsong— pero iré; lo intentaré. No existe ningún mundo que me haga tanta ilusión visitar.

Lo sometieron al voto de sus tripulaciones. La mayoría de los hombres se mostraron partidarios del viaje a Lotophage, el planeta del placer. Sólo hombres suficientes para tripular una Avispa desearon regresar a casa directamente. El sexto Capitán (será anónimo, será anónimo para siempre) reunió a los pusilánimes y se fueron a los barracones preparados para esperar el vuelo de regreso al hogar.

Las otras cinco tripulaciones ocuparon sus Avispas para ir a Lotophage.

—Me he desprendido de una piel como hacen las serpientes una vez al año —dijo el Capitán Roadstrum—. Soy una cebolla y me han quitado una capa exterior, la del Joven Soldado la Primera Vez. Pero al perder la capa seré más recio y más veterano. ¡Aunque nos desviemos del camino de casa, volaremos!

nde sonaban violines y ramoneaban rabelesianos, allí era, Quizá Jones había recorrido las calles y confiado en que allí era.

1 país tan alegre, nunca se encontraba un gruñón allí ecían que un hombre podía realmente arrojar un despertador allí!

*¿, bien, era bastante bueno para los lotophagianos,
ero, ¿qué pasaría con los demás humanos?*

*¿Cómo convertir en tipos soñolientos a los vivaces tripulantes?
¿Cómo pasar una gran noche con individuos de la tarde?*

Lotophage era un bello planeta otoñal, dorado mate, color de tarde. Roadstrum, que capitaneaba la Avispa de vanguardia, trató de abordar el planeta por el lado matinal, como siempre hacía, pero fracasó. Se posó en un mundo de tarde. Luego recordó que en Lotophage era siempre la tarde.

Uno podría haberse llevado a casa embarcaciones llenas de azúcar por lo dulce de su acogida. Aquella gente le hacía sentirse a uno realmente deseado. Fueron amables incluso con los Tripulantes Birdsong y Fairfeather mientras les llevaban a encerrarles.

—Ocurre que aquí sólo se permite permanecer a las personas bellas —les dijeron los lotophagianos a aquellos desdichados—. No somos demasiado estrictos, pasamos por alto un defecto, pero vosotros dos estáis más allá de lo que podemos tolerar. Iréis a los calabozos donde no llega la luz.

—Pero, mirad al Capitán Roadstrum con esa nariz rota...
—protestó furiosamente el Tripulante Birdsong.

—Ya he dicho que no somos demasiado estrictos —dijo un lotophagiano—. ¿Qué es una nariz rota? Por lo demás es un hombre bello.

—Mirad al Capitán Puckett con su hocico de mulato —
aulló el Tripulante Fairfeather con mucho calor.

—Pasamos por alto un defecto —dijo el lotophagiano—. Mírale por detrás, o en no más de un octavo de perfil. ¿No es bello? Por desgracia, no podemos decir lo mismo de vosotros. Iréis al calabozo.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que muráis. O hasta que necesitemos el calabozo para otros dos más feos que vosotros, lo cual no es probable. Vosotros dos lo llenaréis.

—Lo siento, muchachos —dijo el Capitán Roadstrum.

—Lo siento, muchachos —dijeron el Capitán Puckett y Dempster y Silkey y Kitterman. Y los Capitanes y los Tripulantes se marcharon a disfrutar de las delicias de Lotophage.

Como en todos los planetas de escasa gravedad, había una lasitud en todo. La indolencia se reflejaba incluso en la flora subtropical. Y ninguna otra vida sino la perezosa hubiera sido posible allí, debido a la tenue atmósfera. Uno podía emborracharse allí con extrema rapidez. El aire era casi enteramente oxígeno, sin ningún nitrógeno que lo diluyera, y era realmente muy tenue. Aquellos que gustaban de la vida perezosa eran inducidos automáticamente a ello.

La mayoría se dejaron caer donde estaban, sin avanzar siquiera hasta el edificio más próximo. ¿Por qué ir más adelante? Podía disponerse de todo en todas partes. Cayeron de lleno en la vida indolente. Durmieron profundamente. Transcurrieron varias horas antes de que cualquiera de ellos recobrara la conciencia. Entonces se reclinaron al estilo romano sobre la hierba, y el césped se alzó y formó contornos para adaptarse a ellos.

—Cuando yo era un muchacho solíamos tumbarnos en el tejado de nuestra casa y soñábamos en esto —dijo Cowper, uno de los Tripulantes de Dempster—. Soñábamos cómo viviríamos en una isla o planeta, y los plátanos caerían de los árboles al lado de nosotros. Los cocos caerían con un agujero ya en ellos para beber; y cuando estuvieran sin agua, se abrirían de golpe para ser comidos. Habría una cascada que haría girar una rueda de paletas que haría funcionar una caja de música, y uno sólo tendría que silbar las notas clave para que la caja emitiera cualquier melodía que uno deseara oír. Habría parras con cigarrillos colgando en-

cima de uno, y uno podría arrancar un cigarrillo que quedaría ya encendido cuando lo arrancase.

»Había grandes tortugas, tal como recuerdo aquella fantasía, que estaban adiestradas para andar con diversas vituallas sobre sus lomos. Había monos que estaban adiestrados para cocinar aquellas vituallas.

—Oh, bueno —dijo el Capitán Roadstrum—, cuando viajamos descubrimos hasta qué punto nuestros sueños infantiles son superados por la realidad.

Roadstrum tenía un pseudo-banano de más de un metro de longitud, en realidad un plátano gigante. Había estado comiendo de él durante muchas horas. Tenía una jarra de una mezcla de ron que sorbía con gran placer. La mezcla tenía una ligera presión a fin de que no tuviera que sorber con mucha fuerza. A su lado había un panel de control de gran selectividad. El locutor invisible, oído solamente por él, le proporcionaba música o canciones, noticias o comentarios, cuentos dramáticos o de humor negro, pensamientos escogidos, o chistes verdes.

Podía apretar un pulsador en su mano y ser sumergido en la piscina de agua de mar caliente en la que podía nadar y flotar y bucear. Podía apretar otra vez el pulsador y ser devuelto a la hierba por el mismo ingenioso sistema de transporte. Fácil y cómodo.

En un solo caso el panel no le suministró la información deseada. Fue cuando preguntó:

—¿Qué día es hoy?

—No puedo darte esa respuesta —dijo el panel—. La norma es la de que, si no te levantas a mirarlo, no tiene verdadera importancia para ti. Además, aquí, no existen días. Aquí es siempre la tarde.

El único reloj de que Roadstrum disponía sin levantarse era el reloj de su barba. Se pasó la mano por el rostro y tuvo la impresión de que habían transcurrido muchos días. Él no deseaba que hubiesen transcurrido muchos días.

—¿Puedes afeitarme? —le preguntó al panel.

—Oh, desde luego —dijo el panel, y lo hizo rápidamente. Y esto devolvió al reloj al principio.

La vida en Lotophage era fácil, y se susurraba acerca de las huríes. Las huríes figuraban entre las cosas que se suponía que hacían que en Lotophage pasara el tiempo con tanta rapidez. En particular, Roadstrum había oído hablar de una hurí llamada Margaret, y ahora se levantó para ir en busca de ella.

Se detuvo solamente para interesarse por el estado del Tripulante Sorrel. Sorrel, uno de los Tripulantes de Puckett, había sido su única baja hasta entonces. Se había desencajado la mandíbula bostezando. Parecía haberse restablecido, pero durante una temporada tendría que pensárselo dos veces antes de bostezar.

Generalmente una hurí acudía a una señal, incluso a una señal mental, y cargaba a un hombre en sus brazos y lo transportaba al placer. Roadstrum, sin embargo, desbordaba de energías y estaba ya de pie cuando se presentó Margaret en respuesta a su señal inexpresada con palabras. Roadstrum sugirió que fueran al *Marinero Soñoliento*, un local situado a más de treinta metros al otro lado del césped.

Margaret se ofreció a transportarle sobre sus rutilantes hombros, pero Roadstrum rebosaba energías incluso en este muelle mundo y anduvo sobre sus propios pies.

En el bar del *Marinero Soñoliento* había muchos patronos durmiendo o sesteando en divanes. Pero había otros de mejor casta que permanecían sentados muy erguidos («¿Qué significa eso exactamente?», preguntó Margaret. «Significa claramente erguidos», dijo Roadstrum), e incluso algunos que estaban de pie apoyándose en la barandilla. Algunos de los patronos le resultaron familiares a Roadstrum. Allí estaba el propio Quizá Jones.

—¿Es este el lugar, Quizá? —le preguntó Roadstrum.

—No lo es —dijo Quizá—, aunque me engaña por un tiempo cada vez que vengo. Me quedaré aquí una temporada hasta que consiga una pista sobre un lugar más proba-

ble. Esto es muy parecido al Propio Lugar a primeras horas de la tarde, cuando las cosas empiezan a susurrar y hacen ruidos iniciales. Pero se quedan a medio camino. «Las cosas empezarán a saltar alrededor de la puesta del sol», me digo siempre, pero aquí no hay ninguna puesta de sol.

—He oído hablar de un lugar —dijo Roadstrum—, si estás dispuesto a pagar diez mil chancels de oro por la pista.

—Siempre, siempre —dijo Quizá Jones, que siempre pagaba bien por pistas que pudieran conducirle al Propio Lugar—. Aquí están. Ahora, si me señalas aquí las coordenadas a grandes trazos y me susurras una breve descripción del lugar, me pondré en marcha para verlo. —Y Roadstrum se las dio.

—Yo conozco un lugar que podía ser el Lugar —dijo la hurí Margaret.

—Margaret, Margaret —dijo Quizá Jones—, me has dado ya diez mil pistas falsas, y sin embargo creo que podrías darme la pista correcta si quisieras.

Y Quizá Jones se marchó. Viajaba continuamente buscando el perdido Lugar del Placer, que los astronautas habían empezado a llamar la Ciudad de Quizá Jones.

—Aquí todo el mundo le quiere —dijo la hurí Margaret—. En Lotophage la ley no impone restricciones. En otras partes muchas cosas son ilegales, como lo somos nosotros mismos. Tenemos prohibido vivir en cualquier otra parte, y el castigo por desobedecer esa ley es la muerte. ¿Dónde le deja eso a uno si da la casualidad de que es inmortal?

—He oído hablar de vosotras, las huríes —dijo Roadstrum, pero las historias son confusas. Se dice que sois más viejas que vuestro pueblo y que viviréis eternamente.

—Espero que sea así. No quisiera que fuese de otra manera. Pero cambiamos. Recuerdo cuando me llamaba Dolores y llevaba una rosa en el pelo y cosas por el estilo. Recuerdo cuando era Debra y tenía mucha clase. Recuerdo un tiempo en que fui una francesa. ¡Muchacho, resulta muy divertido ser una francesa! Pero no recuerdo muy atrás en el

tiempo, sólo un par de años. Al parecer, siempre he tenido montones de amigos.

—Dicen que sois intemporales, cosa que no entiendo —dijo Roadstrum.

—«Él mueve un poderoso turbante sobre las rodillas de la hurí intemporal», como dice el poeta. Yo tampoco lo entiendo, Roadstrum, pero vosotros utilizáis un mecanismo intemporal en vuestras propias naves cuando dais los grandes saltos. ¿Quién necesita naves?

Roadstrum se sentó sobre las rodillas de la hurí intemporal y lo encontró agradable.

—El informe es que sois completamente inmortales —dijo.

—No es de extrañar que yo lo sea —respondió Margaret.

—Que no habéis nacido, no engendráis y no morís nunca.

—No, no recuerdo haber hecho nunca ninguna de esas cosas.

—En la leyenda de la Tierra, se dice que sois más viejas que Eva.

—Tú no comprendes a las mujeres, Roadstrum. Nunca le digas a una mujer que es más vieja que Eva. No, no, ella tenía veintiún años cuando nació; y yo no soy quién para hablar de esas cosas, pero no fue un parto normal. Yo tengo eternamente diecinueve años. Desde luego, me acuerdo de ella. Fue la primera de esas gordas amas de casa.

—Vosotras habéis tenido siempre mala fama entre las personas decentes —dijo Roadstrum.

—Fueron esas gordas amas de casa las que nos dieron mala fama. Pero me tienen sin cuidado.

—Se dice incluso que no tenéis vida, que no sois más que una historia exagerada que cuentan los hombres errabundos.

—Existen lugares peores para vivir que en las historias exageradas —dijo Margaret—. Pero tú mismo estás en

ellas, Roadstrum, en todas las historias y leyendas más escabrosas.

—Margaret, en Lotophage todo es maravillosamente agradable, pero, ¿no parece como si se hubieran olvidado de poner la sal?

—Puedes añadir tanta sal como quieras, poderoso Roadstrum, pero el agua no hervirá con tanta rapidez.

—¿Qué, Margaret?

—Para hervir una langosta, se toma primero una langosta...

Un ciudadano lotophagiano entró.

—¿Cómo quieres que dispongamos de los hombres que han muerto, poderoso Roadstrum?

—¿Muertos? ¿Cuántos de nuestros hombres han muerto aquí?

—Alrededor de una docena. Puedes estar orgulloso de ellos. ¡Murieron con una sonrisa indolente y feliz en sus rostros!

—Bueno, ¿serán enterrados aquí, o incinerados?

—Oh, no, ninguna de las dos cosas. Nosotros los usamos. Uno no entierra ni incinera la esencia del éxtasis. Ellos proporcionan la destilación de todo placer. Esos bocadillos que comes con tanta avidez, ¿no son excelentes?

—Son excelentes —dijo Roadstrum—. Me preguntaba de qué serían.

—De unos hombres de la nave de transporte *El Enano Amarillo* —dijo el lotophagiano—. Aquellos hombres realmente comieron y bebieron y fanfarronearon mientras estuvieron aquí, día y noche, quiero decir a lo largo de toda la tarde. Se atiborraron de todo y se dieron mucho postín. Engordaron hasta reventar, y cuando finalmente reventaron, no quedaba de ellos más que vientres y nervios. Los tensos nervios y los febriles despojos psíquicos empapados en la grasa dulce son los que dan el sabor especial.

—El sabor es intenso y apetitoso —dijo Roadstrum—, pero el origen deja en mí una indecible duda.

—... para hervir una langosta, se toma primero una langosta... —dijo Margaret.

—Tus propios hombres deberían tener un sabor aún más especial —dijo el lotophagiano—. Llamaremos al producto «Bocadillos Éxtasis de Hombre Indolente». Da la orden y te serviremos unos cuantos a la mayor brevedad.

—De acuerdo —dijo Roadstrum—, adelante. No sé por qué le he dedicado un segundo pensamiento a la cuestión, pero esta tarde hay una multitud de segundos pensamientos planeando sobre mi hombro.

—... y se introduce en una olla de agua fría —dijo Margaret—. Luego se hace hervir muy, muy lentamente.

Un hombrecillo harapiento estaba cantando *Muéstrame El Camino Para Ir A Casa*, una antigua melodía campesina.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Roadstrum.

—John Profundus Vagabundus —dijo el hombrecillo—. Profundo John el Vagabundo. Soy el auténtico vagabundo de los viejos tiempos. He estado vagabundeando durante millares de años y no puedo regresar a casa. No puedo, sencillamente.

—¿Por qué no puedes? —le preguntó Roadstrum—. Tú eres del Mundo, a juzgar por tu idioma, y nosotros iremos al Mundo. Te llevaremos con nosotros cuando nos marchemos.

—Pero vosotros no os marcharéis —dijo Profundo John—. Y si lo haréis, yo no iré con vosotros a menos de que me obliguéis. He pasado el último momento posible aquí, y no soy capaz de marcharme.

—¿Y por qué tendrías que desearlo, Vagabundo? ¿Acaso no es este el final del camino que todo vagabundo ha estado buscando? Es el mundo de todo placer completo sin dolor. Y ellos se alegran tanto de tenernos aquí... Mira, han grabado ya una placa con la inscripción «El Gran Roadstrum holgó aquí», y la han colocado en mi rincón favorito del bar. ¿Qué otro lugar acoge tan bien a los visitantes? Esto es el lugar de Recreo, esto es Theleme, éste es el país

de los Comedores de Lotos, ésta es la Ciudad de Quizá Jones... (no, rectifico esto último; Quizá dice que no está seguro de que lo sea), esto es Utopía, es Hy-Brasail, es las Hespérides. Es el final de todo camino.

—Es el final del camino, de acuerdo —dijo el vagabundo—, pero yo no deseo que termine. El Violinista toca su instrumento en la habitación contigua, pero dice que no cree que este sea el Lugar de Recreo. Y el Hermano Francisco está allí también. Come, bebe, y habla de filosofía como el mejor de los clérigos; pero dice que empieza a dudar de que esto sea Theleme, después de todo.

—Tendré una pequeña charla con esos camaradas y los convenceré de nuevo de lo maravilloso que es esto —dijo Roadstrum.

Los Tripulantes Crabgrass y Oldfellow y Bramble entraron en el *Marinero Soñoliento*. Bramble sopló una nota en un diapasón de boca y luego recitó:

*¡Cualquier clase de licor encerrado en un frasco de cristal,
¡lo tienes que pedirla, cualquier cosa, da igual.*

*¡Cientos de placeres amontonados en infinita variedad,
¡tímulo a la glotonería que nunca puedas saciar:*

*¡Bajo el resplandor de todas esas cosas hallarás
¡un gusano dorado que roe y roe y roe un poco más.*

—¿De quién es la copla de ciego, buen Bramble? —preguntó Roadstrum.

—Es un poema épico popular que se ha ido componiendo aquí esos días —dijo Bramble—. Se llama la Balada de la Ruta-Borrascosa, y su protagonista eres tú.

—Ahora comprendo —dijo Roadstrum—; ciertos tipos han estado haciendo chistes de mal gusto acerca del «yacer de Roadstrum»^[1] cada vez que he puesto seriamente